

EL RECUADRO

España, en el proceso de crecimiento económico que se extendió hasta 2007, como otros muchos países europeos creyó erróneamente que era posible mantener la influencia y el peso industrial en el PIB, trasladando a países más competitivos en costes una parte importante de la producción.

Hubo un tiempo en que se pensó que la mejor política industrial era la que no existía y que no había por qué favorecer la actividad industrial o, al menos, no tanto como a otros sectores de la economía.

Pero la falta de incentivos ha generado la deslocalización industrial masiva, el traslado de la actividad industrial a países emergentes que han sabido, como lo supo España en su momento, valorar la oportunidad que se les ofrecía.

Asimilaron los conocimientos que les trasladaban economías más maduras, crearon sus propias estructuras y procesos industriales, formaron técnicos y trabajadores, extendieron redes comerciales y hoy en día compiten con éxito.

Por el contrario, en los países "exportadores de industria", entre ellos España, se ha perdido cantidad y calidad de producción y también capacidades para desarrollar y diseñar nuevos productos y servicios.

Las economías desarrolladas han visto cómo se reduce su capital industrial, tanto físico como de conocimientos, el empleo y, finalmente, la competitividad global. El proceso ha supuesto un traslado de la inversión y el trabajo a actividades de menor valor añadido y menos sólidas ante los ciclos económicos.

Como consecuencia de ello, franjas importantes de población, antes ocupadas en la Industria e instaladas en el bienestar de las clases medias, han visto bajar sus salarios y aumentar el desempleo.

Hoy, el PIB industrial supone el 16 por ciento del total en España, cuando en la década de los 70 llegó a situarse en el 34 por ciento. Este dato muestra claramente una tendencia negativa que urge invertir para lograr alcanzar el objetivo marcado por la UE del 20 por ciento en 2020.

La Industria debe seguir siendo el motor de la economía, su seña de identidad y su garantía de futuro. La reindustrialización es un reto y una exigencia, y la única garantía real de creación de empleo cualificado y estable. En el caso concreto de España es además la mejor arma contra el paro estructural.

Reindustrializar pasa por cambiar el modelo industrial y esa no es una tarea fácil; exige políticas de Estado que permitan derribar trabas y superar obstáculos estructurales.

Dificultades de financiación de las empresas industriales españolas, muchas de ellas con un tamaño reducido, las trabas a la formación y la cualificación de los trabajadores, la insuficiente inversión en innovación, las dificultades para la salida al exterior, la fragmentación del mercado interior, el poco competitivo mercado energético o la actual estructura de costes, son algunos de estos obstáculos.

La Industria, como sector económico imprescindible para mantener la prosperidad y el estado del bienestar, ha de tener una elevada productividad, lo que requiere excelentes infraestructuras, sofisticados bienes de equipo y un personal muy bien formado para aprovecharlos y hacerlos eficientes, competitivos y rentables.

Pero, sobre todo, la tarea exige voluntad, compromiso y esfuerzo del conjunto de la sociedad y de las administraciones, impulsar la Industria y su competitividad.